

# *Ni hundimiento, ni eclipse. La activa presencia de Esquerra Republicana de Catalunya en la política de retaguardia durante la Guerra Civil*

José Luis Martín Ramos

Universitat Autònoma de Barcelona

*Resumen:* Contra una opinión extendida en la historiografía y, aún más, en la divulgación histórica, Esquerra Republicana de Catalunya no sólo no se eclipsó durante la Guerra Civil, sino que mantuvo una activa presencia social y política. Después de unas primeras semanas de desconcierto y descoordinación, recuperó buena parte de sus estructuras organizativas y acabó siendo, en 1938, la formación política con mayor nivel de afiliación. Nunca perdió su presencia, dominante, en las instituciones de gobierno de la Generalitat y desarrolló, en Cataluña, una constante actividad política, con juegos de alianzas a través de los cuales procuró mantener su posición dirigente. Además, a partir de 1938 intervino, hasta donde pudo, en la política interna republicana española.

*Palabras clave:* España contemporánea, Guerra Civil, republicanismo, Cataluña, nacionalismo catalán, catalanismo.

*Abstract:* Contrary to a widespread opinion in historiography and even more on the historical disclosure, *Esquerra Republicana de Catalunya* is not only eclipsed during the Spanish civil war, but maintained an active social and political presence. After the first few weeks of confusion and incoordination, recovered much of their organizational structures and eventually became, in 1938, political formation with the highest level of membership. It never lost its presence, dominant, in the institutions of government of the *Generalitat*, and developed in Catalonia, a constant political activity, with games of alliances through which sought to maintain its leading position. In addition, since 1938 intervened, as far as it could, in the Spanish Republican domestic politics.

*Keywords:* Contemporary Spain, civil war, republicanism, Catalonia, Catalan nationalism, Catalanism.

## Sobrevivir a julio de 1936

La sublevación de julio del 36 no cogió desprevenida a Esquerra Republicana de Catalunya. En sus memorias Escofet<sup>1</sup> y Guarnier<sup>2</sup> explicaron cómo los servicios policiales de la Generalitat habían descubierto los planes del complot militar en Barcelona, con antelación; y también cómo las fuerzas de orden público, a su mando, hicieron frente a las columnas rebeldes, junto con obreros armados pero no con menor protagonismo que éstos, a las columnas rebeldes que pretendieron, sin éxito, controlar el centro de la capital catalana. Sin embargo, el resultado de los tres días de enfrentamiento superó las previsiones que se habían hecho. La derrota de los rebeldes en Cataluña estuvo acompañada de la ocupación de las calles por parte de los obreros armados; éstos pertenecían mayoritariamente a la CNT por el hecho de que en esos momentos ésa era, todavía, la central sindical mayoritaria y porque era la única organización obrera que tenía un pasado reciente armado y una vocación insurreccional explícita, con una mínima estructura militar clandestina. Esa situación descolocó al gobierno de la Generalitat y a Esquerra. La sublevación había generado un grave problema de control social y un nuevo panorama político. Descartada la opción de recuperar el control mediante un cambio político, concretado en la formación de un gobierno de Frente Popular propuesto por Joan Comorera<sup>3</sup>, porque no se creyó que en esos momentos tal fórmula tuviera suficiente fuerza, Companys se decidió por una de las soluciones tradicionales del republicanismo catalanista —la del pacto con el anarcosindicalismo—, dejando en sus manos el campo de la movilización social a cambio de que la CNT aceptara el mantenimiento de la estructura institucional, la supervivencia de la cual pasó a ser la baza principal de Esquerra Republicana<sup>4</sup>. La contra-

---

<sup>1</sup> ESCOFET, F.: *Al servei de Catalunya i la República*, París, Ediciones Catalanas de París, 1973. Frederic Escofet era, en julio de 1936, director general de Orden Público de la Generalitat de Cataluña.

<sup>2</sup> GUARNIER, V.: *L'aixecament militar i la Guerra civil a Catalunya, 1936-1939*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1980. Vicenç Guarnier era, en julio de 1936, jefe de Servicios de Orden Público de la Generalitat de Cataluña.

<sup>3</sup> BENAVIDES, M. D.: *Guerra y revolución en Cataluña*, México DF, Roca, 1978.

<sup>4</sup> He desarrollado la relación entre el republicanismo catalanista y el anarcosindicalismo en mi ponencia presentada en el seminario de la Fundación Pablo Iglesias, «Izquierdas y nacionalismo en la España contemporánea».

partida fue la decisión de la CNT de no ir más allá de su informal toma de las calles y aceptar el reparto de funciones que le ofreció Companys en la nueva situación política, con la constitución del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. Un compromiso que todavía hay quien se empeña en ver en términos de «doble poder»<sup>5</sup>, aunque nunca hubo tal, sino un reparto de funciones entre un poder mermado y los líderes de un movimiento que descartaron explícitamente «ir a por todas».

A favor del pacto jugaron las limitaciones de unos y otros. El gobierno de la Generalitat no podría haber recuperado fácilmente por sí solo el control de las calles, disponiendo únicamente de las fuerzas de orden público y no por completo; podía contar, en principio, con la Guardia de Asalto, por más que entre sus efectivos se producía ya un fenómeno de confraternización con los obreros armados, pero sobre la Guardia Civil se mantenían muchas sospechas, no por lo que hacía a sus mandos superiores, pero sí sobre los intermedios y los números. A su vez, los líderes anarcosindicalistas, mayoritariamente —con la excepción de García Oliver—, apreciaron con lucidez que no tenían garantizado el salto de pasar de ocupar las calles y las fábricas a hacerse con el control total de la situación y proclamar el «comunismo libertario». De modo que prefirieron un acuerdo que suponía, de lejos, el mayor reconocimiento institucional hasta entonces conseguido por la CNT y un extraordinario avance en el monopolio del control del mundo de la producción y del trabajo. Por otra parte, además de sus limitaciones, cada uno tenía bazas propias que jugar. Por poner dos ejemplos importantes: los anarcosindicalistas, la movilización inmediata para la guerra y el gobierno de la Generalitat, el control del sistema bancario, con el concurso de la UGT que dominaba ese sector, lo que le permitió tras la confusión de los primeros días garantizar el pago de nóminas y los flujos financieros mínimos, sin los cuales tampoco habrían podido salir adelante las empresas ocupadas por los sindicatos<sup>6</sup>. Para esa política de acuerdo entre dos partes que, a pesar de todo, mantenían sus mutuas desconfianzas, Companys

---

<sup>5</sup> GRAHAM, H.: *La República española en guerra*, Barcelona, Debate, 2006, p. 243. Graham insiste, aunque matizadamente, en la conocida tesis de Pierre Broué, sosteniendo «cierto parecido con la “dualidad de poderes” de Petrogrado».

<sup>6</sup> Sobre esa cuestión y, en general, sobre la permanencia de las instituciones de la Generalitat, véase BONAMUSA, F.: «Presidencia (1931-1939)», en BONAMUSA, F. (dir.): *Generalitat de Catalunya. Obra de govern (1931-1939)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya-Departament de la Presidència, 2006.

contó con la colaboración, imprevisible hasta entonces, del pródigo Tarradellas, que encontró en aquella coyuntura su primera resurrección política<sup>7</sup>.

El gobierno de la Generalitat quedó tocado, pero de ninguna manera hundido. Esquerra, que en aquellos mismos días de julio hubo de suspender la celebración de su propio congreso, ya aplazado en 1934, quedó afectada, en parte desorientada y disminuida, pero no desaparecida. Su control del territorio se debilitó por la asunción del poder local por los comités, en perjuicio de los ayuntamientos, pero, en cualquier caso, habría que repasar comité por comité y no olvidar la presencia en ellos también de elementos republicanos, de Esquerra, de la Unió de Rabassaires o de Acció Catalana Republicana. Una muestra significativa, y políticamente trascendente, fue lo que ocurrió con las patrullas de control en la ciudad de Barcelona. Las que se constituyeron «espontáneamente» en los primeros días de la guerra ya incluyeron elementos republicanos en algunos barrios, de acuerdo con el peso social que en ellos se tuviera; fue el caso de la «patrulla» que actuó en el barrio de Gracia de Barcelona, desde el día 20 de julio, integrada por seis militantes de ERC, entre ellos el jefe de la patrulla, Francesc Vivé, dos de CNT —uno de ellos afiliado también a Acció Catalana Republicana—, dos de lo que se constituyó como PSUC, uno del Partit Nacionalista Republicà d'Esquerra<sup>8</sup> y uno del Partido Federal Ibérico<sup>9</sup>. Los «casals» y centros republicanos que constituían la base militante de Esquerra no dejaron de funcionar y algunos de ellos también se distinguieron en la inmediata represión «de retaguardia»; represión que la literatura más tópica achaca con exclusividad a los de la FAI y, a distancia de ellos, a los comunistas y en la que participaron miembros de todas las organizaciones. Joan Pons, elemento clave de *Esquerra Republicana* en ese campo en los primeros meses de la guerra, ha dado una relación clara de ello, aunque de manera interesada cargando las tintas de la culpa en otros y

<sup>7</sup> He escrito sobre esa «resurrección» acompañada de su entendimiento con los anarcosindicalista una primera aproximación en «Tarradellas en la primera etapa de la Guerra Civil», *L'Avenç*, 300 (2005), pp. 14-19.

<sup>8</sup> La disidencia encabezada, en 1933, por Lluhí Vallescá y por Tarradellas y cuya reintegración en *Esquerra* tenía que haberse formalizado de manera definitiva en el congreso, no celebrado.

<sup>9</sup> ARXIU MONTSERRAT TARRADELLAS MACIÀ [AMTM, en adelante]: fondo sobre «Patrullas de Control».

exonerándose al máximo él mismo<sup>10</sup>. Cuando las Patrullas de Control de Barcelona se organizaron de manera formal, por acuerdos de los diversos partidos y sindicatos, se estableció un contingente más o menos fijo de patrulleros, repartidos según cuotas de representación, correspondiendo a los republicanos —muy mayoritariamente Esquerra— la segunda en importancia después de la atribuida a la CNT-FAI<sup>11</sup>. No obstante, es justo añadir que los republicanos no sólo intervinieron en la represión, también lo hicieron limitando y paliando sus efectos, procurando salvar a no pocas personas, sobre todo desde la Consejería de Gobernación, a cargo de José María España y sus colaboradores.

No hubo desaparición republicana, ni en la estructura política institucional ni en la base, por más que se produjeran abandonos y fugas. Algunas muy tempranas y algo sonadas por los nombres, como la marcha a Francia de Lluhí i Vallescá o Puig i Ferrer, pero políticamente no tuvieron trascendencia hasta la de Ventura Gassol y Joan Casanovas, presidente del Parlament de Cataluña. La «desaparición» de Esquerra ha sido una apreciación habitual en la historiografía, incluso cuando fuera matizada como lo hizo Enric Ucelay Da Cal (1982) considerando que Esquerra Republicana no existía «al margen» de lo que el autor denominaba con una cierta impropiedad «instituciones populistas», las instituciones del gobierno de la Generalitat. Una apreciación que ha de rectificarse de manera absoluta. Desde luego, Esquerra sobrevivió, y no es poco, en esas instituciones, a la convulsión de julio de 1936; pero también sobrevivió como lo que siempre fue, un movimiento conglomerado republicano y nacionalista con un amplio apoyo social, interclasista. Perdió algunos prohombres políticos de su superestructura, pero fueron muchos los que se mantuvieron; Tarradellas, se reincorporó, por cierto, a ERC a partir de julio de 1936. También se

---

<sup>10</sup> PONS GARLANDÍ, J.: *Un republicà enmig de faistes*, Barcelona, Edicions 62, 2008.

<sup>11</sup> MARTÍN RAMOS, J. L.: «Aproximación a las patrullas de control», en FONTANA, J.: *Història i projecte social*, Barcelona, Crítica, 2004. En agosto de 1936, el porcentaje de reparto fue: 46 por 100 para CNT, 26 por 100 para ERC y republicanos, 21 por 100 para UGT y 6 por 100 para POUM; a finales de octubre el cupo republicano había subido, era del 32 por 100, en tanto que la CNT pasaba al 43 por 100, la UGT al 19 por 100 y se mantuvo el del POUM; tras la retirada de UGT de Patrullas de control, a finales de enero de 1937, los porcentajes quedaron de la siguiente manera: CNT, 53 por 100; ERC y republicanos, 38 por 100, y POUM, 9 por 100.

vio afectada temporalmente su estructura administrativo-organizativa, pero a la vuelta del verano esa situación estaba ya remontándose. Por otro lado, si por una parte tenía ante sí el reto del control de la calle, por otra las circunstancias del estallido de la Guerra Civil le dieron el premio de un sustancial incremento de hecho de las competencias del gobierno de la Generalitat, desbordando el marco del Estatuto de 1932. El gobierno de Esquerra hizo asunción pública de la nueva situación publicando, el 28 de agosto, un decreto en el *Diari Oficial de la Generalitat* que establecía que sólo las disposiciones publicadas en éste tendrían fuerza legal en Cataluña; al tiempo que Companys y otros dirigentes republicanos postulaban una España más confederal que federal para cuando acabara la guerra<sup>12</sup>. Lejos de eclipsarse, como Helen Graham sostiene que sucedió con los partidos republicanos españoles<sup>13</sup>, Esquerra se mantuvo y mostró su fuerza, y no sólo, que también, su capacidad de maniobra aguantando primero el pulso con los anarcosindicalistas y luego con el PSUC.

Sí hubo desacuerdo interno y con ello vacilación y debilidad política, fomentada por la prolongación de la guerra y de la violencia. Desacuerdo sobre cuál era la mejor opción para recuperar el pleno control de la situación, parcialmente perdido, sobre todo en áreas tan sensibles como el orden público y la guerra. En tanto que Joan Casanovas propugnó inicialmente hacerlo acabando con el poder de los anarcosindicalistas en ambas áreas y reforzando políticamente el gobierno de la Generalitat con una alianza de «frente popular» con los socialistas unificados, Tarradellas, recuperó su peso político específico trenzando alianzas con los anarcosindicalistas, una relación peculiar iniciada por él en el seno del Comité de Milicias Antifran-

<sup>12</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006.

<sup>13</sup> GRAHAM, H.: *La República...*, *op. cit.*, pp. 107-108. A la vista de la bibliografía disponible, la interpretación de la autora parece correcta, si bien no quiero descartar que trabajos más concretos sobre el republicanismo, en su dimensión política, durante la Guerra Civil, puedan matizar o discutir esa interpretación; el libro colectivo dirigido por TOWNSON, N. (dir.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, obvia precisamente ese aspecto. Hasta ahora la presencia política republicana se ha considerado, fundamentalmente, a partir de la acción personal de sus figuras cumbre, en particular de Manuel Azaña; sobre él resulta imprescindible la reciente biografía de JULIÁ, S.: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008, en la que se refleja claramente la soledad del presidente de la República durante la contienda.

quistas. La propuesta de Casanovas empezó a ser derrotada con el fracaso de su primer gobierno, a finales de julio y principios de agosto, caído precisamente tras una maniobra de Tarradellas y de García Oliver, los dos pesos fuertes del Comité de Milicias<sup>14</sup>. Lluís Companys no quiso arriesgar entonces una ruptura con los anarcosindicalistas, de modo que el PSUC, un recién nacido, tuvo que conformarse, para pasar a crecer de inmediato sobre la base de presentarse como la única opción frentepopulista coherente. Desde el verano del 1936, los proyectos a los que se enfrentaron en Cataluña fueron el populismo de Esquerra, debilitado pero no desaparecido, el corporativismo revolucionario anarcosindicalista y el frentepopulismo del PSUC; ésa es la confrontación principal en la que el POUM, por su parte, intentó intervenir para competir con el populismo en la consecución de la tutela política sobre los anarcosindicalistas y convertirse, por esa vía, en el partido de la revolución que por sus propias fuerzas no podía ser.

Reforzado en el episodio de la caída del primer gobierno Casanovas, Tarradellas se convirtió en las semanas siguientes en la pieza clave para un acuerdo estable entre republicanos y anarquistas, al que se sumaron los socialistas unificados y del que no quiso quedar fuera el POUM. Un acuerdo que se hizo necesario para toda una vez que la guerra se impuso como una realidad a largo plazo, y no como un hecho de pronta resolución. Con el estancamiento del frente en Aragón y el fiasco de la expedición a Mallorca, no sólo quedó en evidencia la debilidad del gobierno monocolor de Esquerra, sino la autoridad real del Comité de Milicias que decía controlar la guerra y el orden interior pero que, en la práctica, no podía sino negociar, él también, con las partes locales o sectoriales. La perspectiva de una guerra larga y difícil obligaba a la unidad, y la ocupación de las instituciones por parte de ERC fue una condición indispensable para poder llegar al acuerdo. Su principio fundamental fue el de la «normalización» institucional, restableciendo la plena autoridad, particularmente territorial y jurisdiccional, del gobierno de la Generalitat, a cambio del reconocimiento de las ocupaciones de fábricas y de los espacios de poder asumidos en el ámbito militar y en el orden interior por las diversas organizaciones políticas y sindicales. El gobierno de unidad, constituido formalmente el 26 de septiembre, resultó un éxito políti-

---

<sup>14</sup> MARTÍN RAMOS, J. L.: «Tarradellas...», *op. cit.*

co de Tarradellas y de Esquerra Republicana, antes que el triunfo real de la unidad deseada. A partir de él, Esquerra fue recuperando su presencia territorial. Con el decreto de reorganización municipal de octubre, ERC pasó a tener representación en el 86 por 100 de los nuevos ayuntamientos catalanes y a asumir su alcaldía en casi la mitad de ellos, el 48,5 por 100; es decir se constituyó como la primera fuerza local durante la guerra, seguida de la CNT, que tuvo representación en el 83 por 100 y alcaldes en el 24 por 100, y del bloque PSUC-UGT con el 80 y el 17 por 100, respectivamente<sup>15</sup>. Cifras que abundan en la recuperación republicana y su presencia social y política después del primer impacto del golpe militar y la guerra. Por su parte, la CNT reafirmó su preeminencia en la economía productiva, sobre todo en la industria, al ocupar ininterrumpidamente hasta junio de 1937 la Consejería de Economía, desde la que protegió el modelo de autogestión sindical, aunque el Decreto de Colectivizaciones del 24 de octubre fuera fruto del compromiso.

Todo ello constituyó un éxito político para Esquerra, en la que se consolidó un cambio sustancial en la jerarquía del partido. Tarradellas ocupó la segunda plaza, muy poco por debajo de Lluís Companys. La dirección operativa del gobierno dio a Tarradellas la ocasión de penetrar en un partido del que había estado ausente durante más de tres años y medio de los poco más de cinco de su existencia, pasando por delante de figuras como Casanovas y, sobre todo, Carles Pi i Sunyer, alcalde de Barcelona y reorganizador de la formación después de los sucesos de octubre de 1934. En ese momento, y a rebufo también de sus diferencias con el gobierno de la República sobre el control de las finanzas, que asumió desde el 6 de agosto hasta el final de la guerra, Tarradellas se construyó una imagen nacionalista, que no había tenido precisamente en su primera etapa en Esquerra. La reorganización de Esquerra se impulsó en una asamblea extraordinaria, el 8 de noviembre con la participación de sus principales dirigentes, los diputados al Parlament de Cataluña y a las Cortes españolas, presidentes de las federaciones comarcales, y los alcaldes y regidores de Barcelona y otras poblaciones importantes de Cataluña<sup>16</sup>. La reunión acabó con la interinidad que suponía la presidencia del partido en

---

<sup>15</sup> Los datos proceden de la tesis doctoral, no publicada, de POZO GONZÁLEZ, J. A.: *El poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l'Estat*, Universitat Autònoma de Barcelona.

<sup>16</sup> *La Humanitat*, 10 de noviembre de 1936.

manos de Joan Casanovas —lo que había dejado de tener sentido una vez desplazado éste del gobierno de la Generalitat— y la elección de un secretariado integrado por Joan Tauler, Amadeu Aragay, Pere Ferrer y Joan Sauret, a lo que se añadió la previsión de un órgano ejecutivo ampliado en el que se sumarían los representantes de las Federaciones comarcales. La maniobra de desplazamiento de Joan Casanovas la impulsó Marià Rubió i Tudurí, en tanto que la elección del nuevo organismo de dirección fue interpretado como una reafirmación de la autoridad de Companys frente a un Joan Casanovas que, desde hacía semanas, iba estrechando sus relaciones con Estat Català. Días más tarde, en la sesión del 11 de noviembre de 1936 del Consejo de la Generalitat<sup>17</sup>, tras un breve viaje a París en el que desarrolló una intensa agenda política, Tarradellas se sumó a una de las ilusiones del nacionalismo independentista catalán: la posibilidad de que, ante el triunfo de los rebeldes en la Guerra Civil española, Cataluña, con la protección de Francia, se convirtiera en un territorio soberano, separado de España, en concepto de «zona fuera de la influencia de los estados fascistas». La sugerencia fue bloqueada en el mismo Consejo por Comorera, quien advirtió del peligro de que se entendiera como una maniobra separatista, «perturbadora» para el curso de la guerra, pero ahí quedó dicha y no dejaría de reaparecer, por boca de otros (Batista i Roca, Casanovas, los hermanos Rubió i Tudurí) en lo que siguió de contienda<sup>18</sup>. Poco después se produjo el oscuro incidente protagonizado por el comisario general de Orden Público, Andreu Rebertés, en el que se entremezclaron razones políticas y enfrentamiento de intereses muy personales, salpicando a Joan Casanovas, involucrado en un hipotético complot independentista contra Companys y contra la CNT, que habría acariciado la misma ilusión de separar Cataluña de España tanto si fuera fascista como revolucionaria. Tras el incidente, Tarradellas, de viaje en Valencia en los días centrales del *affaire*, vio crecer su autoridad en el campo nacionalista republicano, sin la competencia de Casanovas, al que se le puso puente de plata para que huyera temporalmente a Francia, y quién sabe si con una nueva carta en sus manos por lo que se refería a sus relacio-

<sup>17</sup> El acta de esta sesión puede consultarse en el AMTM (Monasterio de Poblet).

<sup>18</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor!...*, *op. cit.*, p. 398, sólo atribuye la hipótesis de la independencia, en los primeros meses de la guerra, a Casanovas y los sectores independentistas, pero las actas del gobierno de la Generalitat demuestra que también Tarradellas la consideró, aunque la retiró de inmediato.

nes con Companys. El *affaire* Rebertés pudo proporcionar a Tarradellas información sensible sobre el comportamiento del presidente de la Generalitat durante la crisis, lo que contribuyó a la configuración del nuevo tándem que iba a dirigir el republicanismo catalanista. Mientras Companys estuvo prácticamente desaparecido, alegando una repentina enfermedad, Rebertés fue «paseado» probablemente por elementos armados de Esquerra<sup>19</sup>.

### La crisis de la política unitaria y de los juegos de equilibrio

El gobierno unitario encabezado por Tarradellas encalló. Los anarcosindicalistas se resignaron al reconocimiento de la autoridad territorial-jurisdiccional del gobierno de la Generalitat y enviaron a sus delegados al mismo, pero nunca se consideraron parte del gobierno. Aceptaron, a regañadientes, la restauración de los ayuntamientos en perjuicio de los comités, pero no aceptaron el restablecimiento de la autoridad institucional ni en el ejército ni en el orden público. Contra los acuerdos de gobierno, mantuvieron en pie las estructuras milicianas, la interferencia de los comités de obreros y soldados, el aprovechamiento partidario del control de la industria de guerra, la independencia de hecho de las patrullas de control con respecto al consejero de Seguridad Interior. Por otra parte, la sindicación obligatoria tuvo una consecuencia inesperada para el anarcosindicalismo, la del reforzamiento de la UGT, que creció hasta amenazar con situarse, en recuento de afiliados, a la par con CNT. Tampoco la colectivización industrial le dio la hegemonía absoluta en el mundo del trabajo, a la que aspiraba desde su etapa fundacional, mientras en el campo las propuestas colectivizadoras encontraron una fuerte resistencia de payeses y *rabassaires*. Como consecuencia de la creciente desazón anarcosindicalista los acuerdos del gobierno no se cumplían y los incidentes se multiplicaron. Sandino, militar de carrera, consejero de Defensa, se quejaba constantemente de que la militarización de las

---

<sup>19</sup> PONS GARLANDÍ, J.: *Un republicà...*, *op. cit.*, sostiene que el autor del «paseo» fue Soler Arumí, luego inspector de Servicios de la Consejería de Orden Público, y se interroga sobre si la orden de su asesinato partió del consejero de Seguridad Interior, Artei Aiguader, personaje más cercano a Companys que a Tarradellas; aunque Pons Garlandí sostiene que el presidente de la Generalitat fue inocente, nunca se aclaró el caso y sigue abierto y sujeto a todas las especulaciones.

milicias no avanzaba, como tampoco lo hacía la llamada a filas de las levas de 1934 y 1935 y la organización de nuevos regimientos. Sin perder de vista la pervivencia de una violencia interna que se seguía atribuyendo a los «incontrolados» a pesar de la formalización de las patrullas de control. A comienzos de noviembre el gobierno de unidad ya estaba en crisis. Una crisis a la que la dirección republicana intentó responder con medidas burocráticas: la constitución de una «ponencia» en el seno del gobierno para examinar los desacuerdos y los incumplimientos, así como una primera reunión —hasta mayo de 1937 se producirían un par más— del gobierno en pleno con los representantes de las organizaciones que formaban parte de él, presidida por Lluís Companys. Buenas palabras, críticas más o menos abiertas de republicanos y socialistas unificados hacia el campo anarcosindicalista, situado a la defensiva, y nuevos acuerdos sobre la militarización, las levas, la recogida de armas en la retaguardia, que una vez más quedaron en papel mojado.

El estancamiento de la situación fue finalmente denunciado por Comorera, en la reunión del gobierno de la Generalitat del 18 de noviembre. Aquel mismo día, Alemania e Italia reconocieron al gobierno de Burgos, circunstancia recogida por Comorera como anunciadora de un recrudescimiento de la guerra ante la cual no podía seguirse la política de paños calientes. El PSUC tomó la iniciativa y en la reunión de su Comité Central del 23 de noviembre<sup>20</sup> acordó plantear la reorganización del ejecutivo de la Generalitat y la constitución de un nuevo «gobierno de plenos poderes». Uno de los mecanismos de ese nuevo gobierno habría de ser el Consejo Superior de Defensa, integrado por el presidente de la Generalitat, el *Conseller primer* (Tarradellas) y los consejeros de Defensa, Economía y Servicios Públicos. En la presentación de la propuesta se planteó también la exclusión del POUM, sobre el que el PSUC hizo recaer la instigación política de los incumplimientos de los acuerdos de gobierno y una posición de deslealtad a causa de las críticas —la denuncia en *La Batalla* del primero de los grandes procesos de Moscú— a la Unión Soviética, la única potencia europea que daba apoyo efectivo a la República.

La propuesta del PSUC fue notificada a sus interlocutores el 24 de noviembre. Mal día. Aquella misma tarde, ya de noche, el consejero

---

<sup>20</sup> Copia de las actas de los acuerdos del Comité central del PSUC de octubre a noviembre, en AMTM (Monasterio de Poblet).

de Seguridad Interior, Artemi Aiguader, anunció a la prensa la destitución del comisario general de Orden Público, Rebertés. El incidente, antes comentado, impuso una temporal parálisis política. Companys no tuvo ninguna prisa. La gestión de la crisis de diciembre subrayó lo que parece haber sido el estilo de Esquerra en esa primera etapa de la guerra: dar largas a las situaciones de conflicto para propiciar la maduración de las negociaciones con la CNT y la formulación de una nueva solución de compromiso. Por fin, el 15 de diciembre se llegó al acuerdo y el 16 se formó el nuevo gobierno, del que quedaron excluidos el POUM y Acció Catalana Republicana. La resolución tuvo desde el primer momento elementos de falsa solución. Convertido el POUM en chivo expiatorio, se eludió el debate de las discrepancias entre republicanos y socialistas unificados, por un lado, y anarcosindicalistas, por otro. Además no sólo no se creó el Consejo Superior de Defensa, sino que la Consejería de Defensa, hasta entonces en manos de un militar republicano, fue encomendada al anarcosindicalista Isgleas, quien a partir de entonces procedió a arrinconar a los cuadros republicanos que habían dominado mayoritariamente la estructura administrativa de la Consejería, empezando por Llorenç Perramon, quien hasta entonces había liderado a los funcionarios y empleados republicanos de la Consejería de Defensa<sup>21</sup>. Los anarcosindicalistas, en el punto de mira del incumplimiento de los decretos de militarización de las milicias y de movilización de levás, vieron paradójicamente reforzado su control del área militar, ya importante en el frente y ahora también en la administración de la retaguardia. Por otra parte, la gestión del orden público fue sometida a una suerte de tricefalia con Artemi Aiguader de Esquerra, que siguió como consejero de Seguridad Interior, flanqueado por Dionisio Eroles, de CNT-FAI, nombrado jefe de Servicios, y Eusebio Rodríguez Salas, del PSUC, nombrado comisario general de Orden Público; la presencia de Esquerra en la Consejería, quedaba reforzada en teoría por el nombramiento de Josep Soler Arumí, un activista republicano involucrado en la violencia de retaguardia, como inspector de Servicios.

ERC respondió a la presión del PSUC, pero lo hizo renovando su línea de compromiso con los anarcosindicalistas. Las protestas de

---

<sup>21</sup> AMTM (Monasterio de Poblet): «Informe del casal d'ERC-Francesc Macià a la Federació comarcal de Barcelona».

Lluís Companys en favor de un gobierno de «plena responsabilidad», que aparentemente coincidían con la reclamación de plenos poderes por parte del PSUC, quedaron muy matizadas por la política de contrapesos desarrollada por Tarradellas: apoyarse en el peso social de la CNT para contrarrestar la presión política del PSUC. Una política de contrapesos que no era equidistante; Tarradellas había establecido mejores relaciones con los anarquistas que con el PSUC. Éste, por su parte, se complació en el avance relativo de su presencia en el gobierno, en el que pasó de controlar de dos a tres Consejerías, en la mayor trascendencia de éstas al haber asumido la de Abastecimientos —con la que esperaba capitalizar los suministros soviéticos de productos alimenticios—, con el añadido de haber sustituido al POUM en la de Justicia, y el mayor peso conseguido en el reparto del orden público, con la ocupación de la Comisaría General de Orden Público. La historia del segundo gobierno Tarradellas duró cuatro meses, con un saldo positivo en la regulación financiera de la economía catalana y de la administración autonómica; sin embargo, siguió siendo negativo en el área militar, el orden público y la recurrente conflictividad en el campo. La figura de Tarradellas creció, potenciada por su plan de reordenación financiera y económica aprobado el 18 de enero de 1937, de modo que su política fue, para bien y para mal, la política de Esquerra, mientras Companys quedó en otro plano, en su cargo de presidente de la Generalitat, desempeñado en términos de autoridad no ejecutiva. En la práctica, Tarradellas, como jefe ejecutivo de gobierno, dejó hacer a sus consejeros, actuando de mediador en las discrepancias entre la CNT y el PSUC, pero sin imponer autoridad propia. El Plan Tarradellas fue su éxito fundamental. La filosofía del plan teorizaba la práctica de equidistancia, como ha sido puesto de relieve por Francesc Roca<sup>22</sup>, con su idea de la «república auténticamente democrática» que reflejase un «inteligente acercamiento de los procedimientos socialista y anarquista». El núcleo duro de sus disposiciones lo constituyó la dotación a la administración de la Generalitat de los instrumentos necesarios para su financiación interna, la regularización de la política monetaria y del funcionamiento bancario y de seguros, el reforzamiento del papel de los ayuntamientos y la regulariza-

---

<sup>22</sup> ROCA, F.: «Els decrets de s'Agaró, o Pla Tarradellas, més de seixanta anys després», en VVAA: *Tarradellas o la reivindicació de la memòria (1899-1988)*, Lleida, Pagés, 2003.

ción de las haciendas municipales, a la vez que la previsión de la municipalización de servicios. Empezó el proceso de normalización financiera de la economía, hizo posible el funcionamiento de la administración autonómica, recargada por la asunción de facultades más allá del Estatuto de 1932 pero también por la creciente arribada de refugiados de las zonas de España que iban cayendo en manos de los rebeldes, y potenció la administración municipal que, como ya se ha visto, era un campo fundamental para la recuperación del control territorial.

Mejoró la situación económica, o si se prefiere dejó de deteriorarse al ritmo que lo había hecho en los meses de verano<sup>23</sup>, mejoró la administración local y la presencia local republicana, pero no la situación política. Eliminado el cuarto en discordia, el POUM, la confrontación entre CNT y PSUC no paró de crecer, de modo que la situación militar y la del orden público se enquistaron en la irresolución de sus problemas. A pesar de las campañas de propaganda, el Ejército Popular seguía pendiente de organización y la Consejería de Defensa boicoteó la movilización de levas; por no hablar de la incapacidad para conseguir la recogida de armas largas en la retaguardia, para enviarlas al frente, reiteradamente acordada en el seno del gobierno y cuyo incumplimiento se convirtió en un tópico del momento. En el orden interno el Cuerpo de Patrullas de Control de Barcelona y otros grupos de patrullas locales o sectoriales —de L'Hospitalet, Terrassa, las patrullas ferroviarias, las de sanidad, entre otras— no sólo siguieron sin someterse a la autoridad del consejero de Seguridad Interior, como se había acordado, sino que intervinieron en conflictos ajenos y así ocurrió de manera notoria en los sucesos de La Fatarella, a finales de enero. En febrero se dibujaron dos dinámicas antagónicas. Por un lado, un acuerdo en el seno del gobierno de la Generalitat sobre el impulso a la reorganización militar y, sobre todo, respecto a la reorganización de los diversos efectivos policiales y parapoliciales (patrullas) en un único Cuerpo de Seguridad Interior, que culminó en su aprobación unánime en el gobierno y la publicación del oportuno decreto del 1 de marzo de 1937<sup>24</sup>. Por otro, una fronda interna en el

---

<sup>23</sup> CATALÁN, J.: «Guerra e industria en las dos Españas», en MARTÍN ACEÑA, P., y MARTÍNEZ RUIZ, E. (eds.): *La economía de la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006.

<sup>24</sup> MARTÍN RAMOS, J. L.: «Governació (1931-1939)», en BONAMUSA, F. (dir.): *Generalitat de Catalunya...*, *op. cit.*

seno de CNT-FAI, contra las posiciones más conciliadoras con el poder político, un movimiento interno disperso, en el que coincidían Domingo Ascaso<sup>25</sup>, elementos de los sindicatos de la alimentación —que se habían enfrentado a la gestión de Comorera en la Consejería de Abastecimientos— del metal, de las patrullas de control, el intrigante Escorza<sup>26</sup>, o Jaume Balius —promotor de la Asociación de Amigos de Durruti— y que recogía la inquietud de los cuadros anarcosindicalistas intermedios por el crecimiento de la UGT y las dudas generales sobre las consecuencias de la colaboración gubernamental.

La oposición al decreto de unificación policial se recrudeció cuando, al intentar su aplicación, Artemi Aiguader reclamó para sí, como consejero, el nombramiento del nuevo cargo de director general de Seguridad, que establecía dicho decreto como segunda jerarquía del Departamento. Reclamación a la que se opuso la CNT, que a su vez lo reivindicó para uno de los suyos. El PSUC apoyó a Aiguader pero Tarradellas, por el contrario, prefirió evitar un choque directo con los anarquistas y ante la discrepancia optó, una vez más, por aplazar la decisión y ganar tiempo para una nueva negociación<sup>27</sup>. La táctica dilatoria no resultó esta vez eficaz. Por el contrario, dio fuerzas a la disidencia anarquista, que también puso sobre la mesa su rechazo a la movilización inmediata de quintas. El resultado fue un mes perdido entre vacilaciones gubernamentales y el crecimiento del descontento anarquista. En esa situación, el POUM vio la ocasión para volver al primer plano político con la esperanza de poder convertirse ahora en la dirección política de las masas anarcosindicalistas, a través de un proceso de movilización para la recomposición del poder. A fuerza de alargarse, la crisis se pudrió en manos de Tarradellas y de Companys. El presidente de la Generalitat finalmente se vio obligado a intervenir para conseguir un acuerdo que permitiera la recomposición del gobierno de unidad. Tardó demasiado en llegar. Cuando lo hizo por

---

<sup>25</sup> Hermano mayor de Francisco Ascaso, dejó el frente de Aragón, en marzo de 1937, tras militarizarse su unidad, y regresó a Barcelona para incorporarse a la disidencia anarquista; murió en los sucesos de mayo de 1937.

<sup>26</sup> Agustín Guillamón tiene anunciada una biografía de Escorza que sitúa a éste en el centro de la disidencia anarcosindicalista. Ese detalle no concuerda con mi apreciación de una disidencia más compleja y no tan vertebrada; pero, en cualquier caso, confirmaría mi tesis principal sobre las dos dinámicas y quién protagonizaba cada una de ellas.

<sup>27</sup> Todo ello se reflejó en las actas del Consell de la Generalitat, consultables en el Arxiu Nacional de Catalunya [ANC, en adelante], Fondos del PNV.

fin, a mediados de abril, el enfrentamiento político había avanzado demasiado y se había complicado con el deterioro de la situación del gobierno Largo Caballero y la difusión de la hipótesis del gobierno sindical, interpretado en Cataluña en términos de mayor representación anarcosindicalista e incluso de recuperación de la hegemonía anarcosindicalista en el mundo del trabajo y el movimiento obrero. El nuevo gobierno, una vez más encabezado por Tarradellas, se constituyó el 16 de abril, repitiendo la correlación de fuerzas del anterior, así como la ocupación de las mismas carteras por parte de ERC, CNT-FAI, UGT-PSUC y Unió de Rabassaires. Sólo se produjeron algunos cambios de nombres, demasiado poco para frenar la confrontación en marcha que estaba ya al cabo de la calle. Sin tiempo apenas para que el tercer gobierno Tarradellas pudiera reunirse apenas un par de veces, el asesinato del cuadro del PSUC Roldán Cortada, el 25 de abril, y el enfrentamiento en Puigcerdá entre los carabineros y el comité local encabezado por el *faista* Antonio Martín, prologaron los acontecimientos que desembocaron en la insurrección del 3 de mayo y que acabó con la etapa de los gobiernos Tarradellas.

He sostenido en otros trabajos que no hay que buscar conspiraciones extrañas para explicar los sucesos de mayo en Barcelona<sup>28</sup>, que no sólo tuvieron lugar en esta ciudad, sino en diversas poblaciones de Cataluña. Fueron el resultado final de la confrontación que vivió la política de unidad; de la incapacidad del gobierno de la Generalitat para resolver sus diferencias y ejecutar sus acuerdos cuando éstos suscitaron conflicto. Fueron también el resultado del fracaso de la política de equidistancia desigual que Tarradellas desarrolló, sobre todo a partir de diciembre de 1936, y de las tácticas de negociación dilatada que caracterizaron el ejercicio del poder por parte de los republicanos. Finalmente, el enfrentamiento armado y la incapacidad del gobierno de la Generalitat para dominarlo, los hechos de mayo en sí mismos, pusieron en evidencia la autoridad autonómica. Cuatro días después de que

---

<sup>28</sup> En mi intervención en la Jornada de debate sobre los Hechos de Mayo (Barcelona, Museo de Historia de Cataluña, mayo de 2007), pendiente de publicación por la editorial El Viejo Topo, y en el artículo «Á vueltas con los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona», *Ayer*, 69 (2008). La tesis de la conspiración se mantiene en PAGÉS, P.: *Catalunya en guerra y en revolución (1936-1939)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2007. Por el contrario mi interpretación se sitúa en la línea de GALLEGO, F.: *Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debate, 2007, y de VIÑAS, Á.: *El escudo de la República*, Barcelona, Crítica, 2007.

se iniciaran, la intervención del gobierno de la República —solicitada desde el primer día y proporcionada no tan diligentemente como debió serlo— hizo posible el fin de la lucha y configuró una nueva situación política. La CNT no consiguió su objetivo de modificar la correlación de fuerzas gubernamental y menos el freno o la reversión de la normalización institucional, por lo que en términos políticos fue la principal derrotada; pero el POUM pagó su intervención haciendo una vez más de chivo expiatorio, esta vez de manera definitiva con su ilegalización. Más allá de esas consecuencias singulares, la incapacidad del gobierno autonómico significó un claro paso atrás en su facultad de autogobierno, que había sido incrementada por los acontecimientos de julio de 1936 y ahora iba a ser discutida por los acontecimientos de mayo de 1937. Julio de 1936 había permitido una ampliación de hecho de competencias que iban más allá de lo establecido por el Estatuto de 1932, en campos muy diversos, lo que conscientemente propició y gestionó Esquerra, con el apoyo de la CNT y del PSUC. El gobierno de la República respondió a la crisis de mayo de 1937 recuperando su exclusiva competencia en la política militar y asumiendo el mando del Frente de Aragón, así como el control por los carabineros de las fronteras —que se había iniciado en abril—; también echó mano de las disposiciones del Estatuto para intervenir en el orden público, otorgándose por un tiempo transitorio indefinido su dirección política y operativa<sup>29</sup>. No obstante, el gobierno de la República siguió permitiendo la intervención del de la Generalitat más allá de lo establecido por el Estatuto en áreas como la enseñanza, la economía, la política de abastecimientos, las relaciones laborales, y se mantuvo la publicación de las disposiciones del gobierno central en el *Diario Oficial* de la Generalitat como condición para su aplicación; más adelante, en enero de 1938, el gobierno de la República recuperó también la competencia de abastecimientos. La autonomía catalana perdió parcelas importantes que había gestionado entre julio de 1936 y mayo de 1937, pero siguió rebasando los límites del Estatuto y volver a ellos no fue algo que contemplaran ni Esquerra ni el PSUC, que ocuparon, cara a cara, el protagonismo gubernamental después de que, a finales de junio de 1937, un cálculo político erróneo, y acaso la resaca de mayo, llevara a la CNT a quedarse fuera del nuevo gobierno de la Generalitat.

---

<sup>29</sup> Para la cuestión del orden público, véase MARTÍN RAMOS, J. L.: «Governació...», *op. cit.*

En la nueva composición del gabinete —la última hasta el final de la guerra— se dibujó una aparente paridad entre Esquerra y el PSUC, con tres Consejerías para cada uno de ellos, aunque la representación de Acció Catalana Republicana (Bosch Gimpera) estaba más decantada a favor de Esquerra que a favor del PSUC; Unió de Rabassaires, por su parte, se encontraba cada vez más dividida entre pro-republicanos y pro-socialistas unificados. Companys volvió a presidir directamente el gobierno de la Generalitat sin delegar dicha función, como antes del inicio de la guerra, y en esa situación procuró desempeñar un papel arbitral entre ERC y PSUC en los momentos de conflicto, por más que, en las opciones generales, las suyas y las de Esquerra coincidieran y se alimentaran mutuamente. Más allá de ese reparto aritmético de la correlación de fuerzas, el PSUC aumentó su cuota de poder real al sumar a las Consejerías de Trabajo y de Abastecimientos, que venía ocupando desde diciembre de 1936, la de Economía —en manos de la CNT desde septiembre de 1937—, la Consejería que de manera más directa incidía sobre el área de la economía colectivizada. Todo ello supuso un cierto retroceso político de los republicanos, sobre todo por el ascenso de los socialistas unificados, que ya no podía ser contrarrestado mediante juegos con los anarcosindicalistas; pero ese retroceso no fue tanto como sugirieron las protestas de los republicanos ante Azaña, ni las memorias escritas en el exilio, que atribuyeron al PSUC una hegemonía que nunca llegó a alcanzar. Ciertamente la primacía de Esquerra se vio amenazada por un competidor político directo, al que no podía esperar neutralizar ni integrar en propuestas de complementariedad, como había hecho con la CNT en el pasado, pero la amenaza no llegó a convertirse en un hecho consumado y, por otra parte, Esquerra actuó intensamente para evitarlo. El PSUC no pudo invertir los términos e ir más allá de su condición de aspirante, aunque *Esquerra*, que tras la instalación del gobierno de la República en Barcelona quiso jugar a fondo en la política española, se llevara un grave revés con la crisis de agosto de 1938.

### **Cambio de orientación**

Al cabo de poco más de un mes de los enfrentamientos de mayo se reunió, el 12 de junio, el segundo Pleno de Esquerra durante la Gue-

rra Civil<sup>30</sup>. La crisis y su desenlace habían alterado el mapa político catalán y habían modificado las relaciones entre Cataluña y el gobierno de la República. Aunque el chivo expiatorio de la crisis fuera el POUM, era evidente que el principal derrotado político había sido la CNT, y con ello la política de equilibrio desigual entre anarcosindicalistas y socialistas unificados desarrollada por Tarradellas quedó gravemente afectada. Por otro lado, la derrota de la insurrección había reforzado la posición de quienes defendían el fin de los experimentos revolucionarios. Era una situación compleja. Esquerra se sentía reafirmada en su defensa de la institucionalidad republicana, pero con menor capacidad de maniobra social y política por el traspies de los anarcosindicalistas; por otra parte, el PSUC, con el que había compartido la política de normalización institucional pero que nunca había sido estrictamente su aliado, surgía ahora como un rival claro en la dirección política del país. El Pleno combinó temores y decisiones. Temor por el reforzamiento del PSUC y por la reaparición del poder central en el escenario catalán. Temor a que, como lo expresó el diputado a Cortes Marià Rubió i Tudurí, alguien pasara a actuar en la política catalana buscando su apoyo en Valencia o en Moscú. En definitiva, el Pleno de Esquerra decidió enfatizar su identificación «democrática y liberal», dejando atrás el discurso revolucionario, y se decantó por un gobierno de la Generalitat de perfil político frentepopulista, así como por la reanudación inmediata de la actividad parlamentaria. De igual manera se apostó por una nueva política de alianzas basada en la consolidación de un «frente nacionalista» con Acció Catalana Republicana y Estat Català. Para impulsar la nueva política se eligió un nuevo organismo de dirección, el Secretariado, integrado por Martí Barrera, como secretario general, Jaume Miravittles —quien junto con Rubió i Tudurí había marcado la orientación política del Pleno— dos miembros de la dirección saliente, Sauret y Tauler y dos cuadros con muy buena relación con Tarradellas —por no decir directamente «tarradellistas»—, Lluís Mestres y Antonio Escofet. Un par de meses más tarde, en septiembre, Marià Rubió i Tudurí, abanderado de la recuperación de la imagen «democrática y liberal», el distanciamiento de la Unión Soviética, el pleno alineamiento de la República con Francia y Gran Bretaña y finalmente la

---

<sup>30</sup> Las actas de la sesión en AMTM (Monasterio de Poblet); también se informa del pleno en *La Humanitat*.

exploración a fondo de la hipótesis de finalización de la guerra mediante la negociación, fue nombrado director de *La Humanitat*<sup>31</sup>. En la entrevista que mantuvo Tarradellas con Azaña, el 29 de julio<sup>32</sup>, además de expresar sus exagerados temores de una dictadura comunista en Cataluña y de ratificarle la propuesta republicana de constituir un «frente democrático» que habría de imponerse sobre el resto de opciones, Tarradellas le anunció que, una vez reintegrado a Esquerra<sup>33</sup>, asumiría la secretaría general, para la que hacía un mes que había sido elegido Martí Barrera. ¿Tan convencido estaba Tarradellas de sus posibilidades o es que ya había empezado a controlar de hecho el aparato del partido?

La competencia creciente entre el PSUC y ERC se centró, en el verano de 1937, en el pleito sindical. La ruptura de la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya (FNEC) con UGT, a mediados de junio, pareció dar alas al proyecto de constitución de un tercer referente sindical catalanista, alternativo a UGT y CNT, sobre la base de arrastrar también a la ruptura con la UGT al histórico sindicato de la dependencia mercantil, el Centre Autonomista de Depenents del Comerç i de la Indústria (CADCI), la Associació de Funcionaris de la Generalitat y la Associació de Funcionaris Municipals que, conjuntamente con los estudiantes, sumaban la quinta parte del total de efectivos de la central socialista en Cataluña. El resultado del pleito resultó negativo para Esquerra y Estat Català, que actuaron en él de común acuerdo, y finalmente, en julio de 1937, los tres sindicatos citados decidieron, en muy tensas asambleas, mantenerse en el seno de la UGT de Cataluña<sup>34</sup>. Aunque tras ese revés recuperó posiciones en el sindicalismo agrario, Esquerra no consiguió constituir su propia fuerza sindical. Mejor le fue en su esfuerzo de regularizar su organización militante hasta conseguir imponer, aunque fuera por poco, su presen-

<sup>31</sup> RUBIÓ i TUDURÍ, M.: *Barcelona 1936-1939*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002.

<sup>32</sup> AZAÑA, M.: *Memorias políticas y de guerra*, vol. 2, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 181-184.

<sup>33</sup> El pleno de junio de 1937 acordó admitir la reintegración a Esquerra de los miembros del Partit Nacionalista Republicà d'Esquerra, formado por Lluhí Vallescà y Tarradellas después de su ruptura con Esquerra en 1933; una decisión pendiente de formalizar desde el verano de 1936, a causa del aplazamiento del congreso, aunque la reintegración material ya se había venido produciendo.

<sup>34</sup> BALLESTER, D.: *Els anys de la guerra. La UGT de Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Columna, 1998.

cia mayoritaria entre los partidos catalanes. De acuerdo con una estadística del propio PSUC, cuya credibilidad viene avalada por datos de la Generalitat en el exilio<sup>35</sup>, Esquerra tenía al acabar el tercer trimestre de 1937 más afiliados que el PSUC en toda Cataluña (exceptuando la ciudad de Barcelona para la que se disponen de datos del PSUC pero no de ERC): casi 34.000 afiliados de *Esquerra* por 26.000 del PSUC (en ambos casos no se contabilizan los movilizados en el Ejército Popular). Los republicanos tenían más afiliados que el PSUC en la mayoría de las comarcas —22 de las 35 en las que hay datos comparables—, entre ellas en las del Tarragonés, Gironés, Bajo Llobregat, el Maresme y el Vallés Oriental, colindantes con el Barcelonés, y también en algunas de las comarcas más pobladas del interior, como el Bages (Manresa), Osona (Vic), Anoia (Igualada); el PSUC sólo superaba a los republicanos en 9, destacando el Vallés occidental, por su posición hegemónica en Sabadell, y el Alto Ampurdán (Figueras); en las otras 4, entre ellas la del Segriá (Lleida), las fuerzas se igualaban. A comienzos de 1938, la dirección del PSUC insistía en lamentarse de la superioridad numérica de la militancia de Esquerra Republicana de Catalunya en muchas comarcas y poblaciones<sup>36</sup>. Es cierto que la afiliación de ERC calculada por el PSUC era inferior a la que este partido tenía en 1934, como puede comprobarse en el caso de las comarcas de la provincia de Barcelona: a finales de 1937 sumaban 14.200 personas, en números redondos, mientras que en 1934 habían alcanzado los 21.000<sup>37</sup>; si proyectamos la merma de la provincia de Barcelona a la capital, ésta podría haber tenido, en la fecha de 1937 considerada, 10.000 afiliados (tenía 15.000 en 1934), superior a los 7.200 con que contaba el PSUC. Una pérdida de afiliados de algo menos de un tercio que no cabe atribuir sólo a lo sucedido en julio de 1936; que debió arrancar ya de la derrota del movimiento de octubre de 1934 y del abandono del partido por parte de Dencás y los hermanos Badía,

---

<sup>35</sup> He tratado la cuestión en mi artículo «La afiliación del PSUC durante la Guerra Civil (1936-1939). Volumen, distribución territorial y composición social», *HMIC* (Revista digital del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona), consultable en <<http://seneca.uab.es/hmic>>.

<sup>36</sup> Véase mi ponencia en el I Congreso de Historia del PSUC, Barcelona, 2006, cuyas actas han de publicarse próximamente por la editorial El Viejo Topo.

<sup>37</sup> GONZÁLEZ VILALTA, A.: «Militància i implantació territorial d'ERC a les comarques de Barcelona (1932-1934)», en *Republicans i republicanisme a les terres de parla catalana: Actes del VI Congrés CCEPC*, 2006.

continuó con alguna transferencia de militancia de Esquerra hacia el PSUC —que no hay que exagerar— y, sobre todo, debió acentuarse con la movilización hacia el frente, de voluntarios y de soldados de leva (hay datos de los militantes del PSUC en el ejército, pero no de los de ERC). Lo relevante es el volumen de afiliación que mantenía Esquerra y que superaba a la del PSUC, después del importante crecimiento que este partido había tenido desde su constitución. A pesar de su carencia sindical, Esquerra tenía una buena presencia militante e institucional en el territorio. Por otra parte, siempre dio por supuesto que seguiría teniendo a su lado la mayoría del electorado; suposición que se reforzaba por la imposibilidad de convocar elecciones al Parlamento catalán mientras durara la guerra. Por todo ello y por la tendencia del nacionalismo a considerarse como el representante genuino del país, postulaba sin concesiones que ella, Esquerra, había de ser el eje y el referente político indiscutible de Cataluña.

La aplicación de la línea política acordada en el Pleno de junio se quedó en su paso inicial. La alianza nacionalista, con ACR y EC, no tenía, de lejos, la fuerza que la anterior política de equidistancia desigual entre socialistas unificados y anarcosindicalistas. La propuesta de reactivación del Parlamento acabó en nada o, si se quiere, siguió quedándose en todo lo contrario. Antes que reactivación parlamentaria lo que se produjo fue una ratificación del comportamiento ejecutivo sin control parlamentario. La Ley del 18 de agosto estableció la prórroga del Parlament que, en sesión del 9 de noviembre, prorrogó también el mandato de Companys como presidente de la Generalitat. El Parlament no desarrolló ningún debate político y, a pesar de las protestas del diputado de Unió Democràtica, Pau Romeva, se limitó a legitimar la acción en solitario del ejecutivo catalán. A duras penas fue escenario de alguna pugna de poder, político y personal; como la que protagonizaron el PSUC y ERC, en la sesión del 18 de agosto, con motivo del retorno de Joan Casanovas a Cataluña, para asumir de nuevo la presidencia del Parlamento, en contra del criterio del PSUC, que no olvidaba la maniobra nacionalista en la que se había visto envuelto en noviembre de 1936. El retorno de Joan Casanovas, acompañado también por Ventura Gassol, pareció reforzar la línea que defendía Rubió i Tudurí pero planteó un problema interno importante en el seno de Esquerra al convertirse hipotéticamente en un aspirante a suceder en la Presidencia de la Generalitat a Lluís Companys. Sobre todo si se consideraba conveniente que este último no llevara su man-

dato más allá del periodo para el que había sido elegido por el Parlament y que éste, sí prorrogado, había de elegir su sucesor; incluso si el Parlament, en una interpretación purista de la situación y de los límites que podría autoimponerse a la prórroga que se había acordado, no elegía nuevo presidente en propiedad, a quien le correspondía asumir el cargo en funciones era al presidente del Parlament, precisamente Casanovas. Companys fue finalmente ratificado con el pleno apoyo del PSUC, para el que la alternativa Casanovas era inaceptable.

El cambio de rumbo esbozado en el Pleno de junio de 1937 fue diluyéndose en el otoño de aquel mismo año para acabar eclipsado por la instalación del gobierno de la República en Barcelona, anunciado a finales de octubre. Esa instalación tuvo trascendencia no sólo en el ámbito de la gestión del gobierno de la Generalitat, suficientemente conocida, sino también en la estrategia política de Esquerra que, recelosa de Negrín desde que éste discutiera, más que negociara, con Tarradellas las cuestiones de la financiación de la Generalitat, decidió combatirlo desde el propio terreno de la política general del bando republicano. Recién reelegido presidente de la Generalitat, Companys marchó a Francia y Bélgica entre el 12 y el 22 de noviembre. Un viaje cuyos detalles políticos no conocemos, pero del que sabemos de los encuentros con el presidente del gobierno vasco Aguirre en París y con Paul Henri Spaak, ferviente defensor de la política de apaciguamiento, con quien participó en un acto conmemorativo del armisticio de la Primera Guerra Mundial. El viaje se produjo en los días que siguieron al acuerdo del Comité de No Intervención sobre la retirada de voluntarios extranjeros, que quiso ser visto por una parte del bando republicano —Azaña al frente— como el anuncio de un armisticio que pusiera fin a la guerra<sup>38</sup>. En esas circunstancias, Aguirre propuso a Companys presionar conjuntamente a Negrín para que el gobierno de la República les tuviera en cuenta a la hora de responder a la supuesta trascendental iniciativa<sup>39</sup>. Lejos de hacerlo así, Negrín, para escándalo de Azaña, desmintió públicamente los

---

<sup>38</sup> Sobre la cuestión del armisticio, véanse la citada biografía de Santos Juliá sobre Azaña; la de MORADIELLOS, E.: *Juan Negrín. Biografía de la figura más difamada de la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 2006; la de MIRALLES, R.: *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, y también el segundo volumen de la trilogía de VIÑAS, Á.: *El honor de la República*, Barcelona, Crítica, 2008.

<sup>39</sup> Carta de Aguirre a Companys del 17 de noviembre de 1937, Copia del Fondo catalán del PNV en el Arxiu Nacional de Catalunya.

rumores de armisticio. Desmentido subrayado semanas después por el inicio de la ofensiva republicana en Teruel el 14 de diciembre. En las siguientes semanas, las relaciones entre Esquerra y Negrín empeoraron; al tiempo que el gobierno de la República exigió al de la Generalitat la entrega al Banco de España del oro, la plata, las divisas y los valores extranjeros que ésta tuviera<sup>40</sup>, lo que propició un par de borrascosos encuentros entre Tarradellas y Sbert con Negrín. En sus memorias publicadas en 1975, Carles Pi i Sunyer<sup>41</sup> se lamentaba de que la ofensiva de Teruel llevara la guerra a un frente, el catalano-aragonés, débil y sin suficientes reservas; es posible que ya se pensara así en el momento de la ofensiva, lo que debió ampliar la brecha entre Esquerra y Negrín.

La respuesta de ERC fue la celebración de un nuevo Pleno, el 26 y el 27 de febrero, pocos días después de la recuperación de Teruel por parte de las tropas de Franco. La asamblea tuvo todas las características de un congreso, adoptando acuerdos programáticos y políticos y eligiendo una nueva dirección con mayor peso que la que había encabezado Martí Barrera. El Pleno ratificó la voluntad de mantener la autonomía de Cataluña en el nivel de competencias de derecho y de hecho, más allá del considerado «raqúitico» marco del Estatuto de 1932, y reclamar una mayor intervención del gobierno de Cataluña en el gobierno republicano y en la dirección de la guerra que fuera proporcional al esfuerzo y al volumen de su participación. En el orden interno, si bien se aceptaba mantener «los avances económicos y sociales», se manifestaba de igual manera la voluntad de volver a un régimen «democrático y liberal» una vez acabada la guerra; en esta última línea, Tarradellas había planteado en el Consell de la Generalitat del 26 de enero la disolución de la Comisión Mixta de Control de la Propiedad Urbana, en manos de los sindicatos, sin que prosperara por la negativa del PSUC a ningún cambio en ese ámbito hasta que no se acordara un reglamento general de municipalización de la vivienda. Para llevar esa política de rectificación en Cataluña, intervencionista en el seno de la política republicana, se eligió un nuevo Consejo Directivo, ahora sí encabezado por Tarradellas como secretario general, e integrado también por Carles Pi i Sunyer, Josep Andreu Abelló,

<sup>40</sup> ANC: Fondo PNV. Acta del Consell de la Generalitat del 18 de enero de 1938.

<sup>41</sup> PI I SUNYER, C.: *La República y la guerra. Memorias de un político catalán*, México, Ediciones Oasis, 1975.

Joan Sauret y Miquel Santaló, al que se sumaría, como secretario y sin voto, Antoni Escofet.

### **Intervención en la política republicana: el desapego a la resistencia**

La prueba de fuego de la nueva dirección fueron los dramáticos acontecimientos de marzo de 1938: la ofensiva franquista en el frente de Aragón; la intensificación de los bombardeos sobre ciudades catalanas; el intento de Azaña de promover un cambio de gobierno con mayor peso republicano y favorable a sus tesis sobre la finalización de la guerra<sup>42</sup>; y finalmente la manifestación del 16 de marzo, convocada por los comunistas contra cualquier iniciativa en tal sentido, mientras estaba reunido el Consejo de Ministros presidido por Negrín. La dirección del PSUC propuso entonces a Tarradellas aumentar la presencia catalana en el gobierno de la República a dos ministros a cambio del apoyo del PSUC a la destitución de Prieto, pero Tarradellas lo rechazó<sup>43</sup>. No estaba en sus previsiones una política de pactos con el PSUC, y tampoco la política de alianzas republicanas había llegado a dar ningún fruto concreto; además, la manifestación del 16 de marzo había puesto de relieve la importancia de la capacidad de movilización y de la ocupación de la calle. Tarradellas ya le había anunciado a Azaña, el 29 de julio anterior, su propósito, cuando le comentó que «entre la CNT, con todos sus errores, y los comunistas es preferible la CNT», a lo que Azaña no pudo evitar apostillar «eso no sería una novedad»<sup>44</sup>. Con las riendas de Esquerra en sus manos, Tarradellas se dispuso a reactivar su anterior política, pero ahora ya no en términos de equidistancia desigual entre el PSUC y la CNT, sino de clara aproximación a esta última contra el enemigo común comunista. En la sesión del Consejo Directivo de Esquerra del 22 de marzo se acordó incorporar a la CNT al comité catalán del Frente Popular y, sobre todo, al gobierno de la Generalitat, no sin tener que vencer las reticencias de Andreu Abelló y de Santaló, que hubieran preferido mantener la línea de estricta alianza republicana y nacionalista; además, Tarradellas planteó apro-

<sup>42</sup> JULIÀ, S.: *Vida y tiempo...*, *op. cit.*, pp. 426-431.

<sup>43</sup> AMTM: Actas del Consell Directiu de ERC (Poblet).

<sup>44</sup> Véase nota 8.

vechar la remodelación de la Generalitat para recabar para Esquerra la Consejería de Economía.

La reactivación de la entente con la CNT, para ser más precisos con la CNT catalana, y la resignación ante la continuación de la guerra se cobró sus víctimas políticas en el interior de Esquerra. La primera fue Mariá Rubió i Tudurí, debilitado por sus indiscretos contactos con el embajador francés Labonne y por el supuesto de que, en última instancia, no vería con malos ojos una transferencia de la soberanía de Cataluña a Francia si ello suponía verse fuera de la guerra de España, algo que Rubió y Tudurí negó que postulase pero que corría como rumor y fue tema en alguna de las entrevistas de Azaña. El 29 de marzo, el director de *La Humanitat* fue relevado de su cargo. La otra víctima política fue Joan Casanovas, de nuevo en Francia después de ver frustrada su ambición de sustituir a Companys, instado por la dirección de Esquerra a regresar al país, a lo cual se negó a mediados de abril ofreciendo a Tarradellas su dimisión, lo que éste se guardó de comunicar a su partido durante varios meses. Tarradellas pudo controlar plenamente el partido, sin que ni Pi i Sunyer, ni Andreu Abelló, ni Santaló le plantearan más problemas que algún mayor esfuerzo de discusión o persuasión en el seno de la dirección de Esquerra. La única limitación a su gestión fue el papel institucional que quería desempeñar Lluís Companys, que le obligaba a éste a algunos juegos de equilibrio con el PSUC y le llevaba a sus propias maniobras de política exterior «paralela», como la que representarían las peregrinas gestiones en Londres de Batista i Roca, en abril y junio de 1938, cuyo toque de fantasía parece más propio de Companys y de su colaborador en estos temas, Jaume Miravittles, que de Tarradellas, que siempre tuvo un mayor sentido de la realidad y del cálculo. La incorporación de la CNT al comité catalán del Frente Popular, avalada también por el PSUC que de hecho ya se había adelantado a Esquerra en la formulación de tal propuesta, el 10 de marzo, se materializó sin ningún problema en la reunión de dicho organismo del 29 de marzo, en la que también se incorporaron la FAI y Estat Català, hasta entonces marginado de las instituciones y de los organismos unitarios por decisión común de Esquerra y de la CNT. Pero, desde el primer momento, la cuestión de la reincorporación de la CNT al gobierno de la Generalitat, que Esquerra quiso que fuera una de las primeras propuestas del Frente Popular de Cataluña, se encontró con la oposición cerrada del PSUC. La maniobra de ampliar el Frente

Popular para presionar inmediatamente la ampliación del gobierno se encalló, pero Tarradellas no perdió nunca de vista ese objetivo.

Paralelamente, ERC buscó un acuerdo firme en el campo de la política española con Izquierda Republicana, Unión Republicana y el PNV, convertido desde la caída del País Vasco en su aliado más fiel. A finales de febrero de 1938, Lluís Companys intervino abiertamente en el ámbito del gobierno de la República exhortando a Azaña a que retirase su confianza en Negrín<sup>45</sup>. El fiasco de la maniobra de marzo-abril contra este último debió convencer a Esquerra de que su intervención en la política republicana española había de adquirir una nueva dimensión. Las primeras gestiones las había iniciado ya el secretariado de Martí Barrera, pero se intensificaron con la nueva dirección encabezada por Tarradellas, actuando como interlocutores más habituales de los republicanos españoles Pi i Sunyer y Miquel Santaló<sup>46</sup>. Este último explicó que en abril se había llegado a un principio de acuerdo, en contra de la política de Negrín y de la influencia comunista; que Esquerra intentó una maniobra contra Negrín; pero que la dimisión de Prieto y la proclamación de los Trece Puntos, con las reuniones de la Diputación Permanente de las Cortes, el 15 de abril y el 14 de mayo, que ratificaron la confianza en Negrín, dieron al traste con la maniobra. En los meses siguientes, Esquerra siguió actuando en los dos frentes, sin conseguir avances sustanciales, aunque dejando clara su posición política. El cierre de la frontera francesa el 14 de junio, tras la sustitución del gobierno Blum por el gobierno Daladier, disparó de nuevo las alarmas y Esquerra intensificó su presión. En el gobierno de la Generalitat, Tarradellas presentó en julio un conjunto de tres decretos destinados a visibilizar la nueva orientación democrática de la Generalitat: pago de la deuda de la propia Generalitat, devolución de la propiedad urbana a los ciudadanos que no hubieran sido declarados explícitamente facciosos y disolución de la Oficina Reguladora del Pago de los Salarios, integrada en Economía con lo que esta Consejería perdía uno de sus instrumentos principales de intervención en la industria colectivizada. Aquel mismo mes se constituyó el Secretariado de Relaciones de Partidos Republicanos, integrado por ERC, IR, UR y PNV, primer paso para relanzar la presión

---

<sup>45</sup> JULIÀ, S.: *Vida y tiempo...*, *op. cit.*, p. 431.

<sup>46</sup> La información sobre esos contactos la proporcionan las actas de las sesiones del Consell Directiu de ERC.

conjunta para modificar, total o parcialmente, el gobierno de la República y, en cualquier caso, frenar la política de resistencia de Negrín; Salvador Quemades, en el pleno de IR del 18 de julio abogó por la solución que representaban «los republicanos, los liberales y los demócratas» como una salida posible y en lo inmediato por incrementar su presencia en el poder<sup>47</sup>. Con todo, a pesar de sus intenciones Esquerra no pudo marcar los tiempos y eso bloqueó sus iniciativas. La oposición del PSUC dejó los decretos de la Generalitat sobre la mesa; Tarradellas no los retiraría, pero tampoco se discutirían. Por otra parte, el 25 de julio se inició la batalla del Ebro y, al calor de su resultado inicial, Negrín apretó las tuercas internas.

El resultado fue la crisis de gobierno de agosto y su extraño desarrollo, que reforzó la posición de Negrín y dejó a Esquerra fuera de juego. Es conocido el planteamiento general de la crisis: Negrín presentó tres decretos en la sesión del gobierno del 11 de agosto (atribución absoluta de la industria de guerra y la persecución de la evasión de capitales al gobierno de la República y militarización de los tribunales especiales), que fueron rechazados inmediatamente por los representantes de Esquerra y del PNV, Aiguader e Irujo. Aquel mismo día, Tarradellas comunicó a Azaña el desacuerdo de su partido y al siguiente los dos ministros dimitieron, abriendo la crisis de gobierno. De todas maneras, hay algunos interrogantes sobre el origen de la crisis. Desde mediados de junio, después del cierre de la frontera francesa, la dirección de Esquerra se estaba planteando la cuestión del gobierno de la República; en esa línea Andreu Abelló, en la sesión del Consejo Directivo del 17 de junio, había criticado a Aiguader por falta de energía hasta llegar a proponer su sustitución en el Consejo de Ministros. Entre los republicanos catalanes había ya una clara predisposición hacia la crisis. A la semana de haberse iniciado la Batalla del Ebro, Nicolau M. Rubió i Tudurí, hermano del antiguo director de *La Humanitat*, escribió en su columna habitual en este diario «Per Catalunya enfora» que la opinión extranjera —se sobreentendía la francesa y británica— temían tanto al nazismo como a la «dictadura roja», pero que «nosaltres tornarem a Espanya a la raó i al bon camí»<sup>48</sup>. El 11 de agosto insistió en la misma línea y, tras sostener que ni Francia

<sup>47</sup> He consultado el Acta del Pleno de Izquierda Republicana en el Archivo Histórico del PCE (Universidad Complutense).

<sup>48</sup> «Nosotros devolveremos a España a la razón y al buen camino», *La Humanitat*, 27 de julio de 1938.

ni Gran Bretaña se plantearían aplastar «Roma ni Berlín», «ni caps dels aliats d'aquestes capitals»<sup>49</sup>, pidió que el gobierno republicano pasara a desarrollar una «política exterior liberal» que «había de ser hecha por liberales». Ya en plena crisis de gobierno, Rubió i Tudurí se descolgó con un panegírico a Miaja, emparentándolo con Companys, en su opinión dos gigantes que encarnaban la voluntad popular de resistencia y que tenían un valor añadido, el de ser, los dos, objeto de una confianza creciente por parte de los gobiernos de Londres y París; para adornar su apología comparó a Miaja con el general francés Joffre, «un català de França, com diríem que Miaja es un català d'Espanya»<sup>50</sup>, un icono del nacionalismo catalán desde el final de la Primera Guerra Mundial.

Cuando, tras la resolución de la crisis, vuelva a reunirse el 18 de agosto el Consejo Directivo en pleno, ampliado a ex ministros y ex consejeros de la Generalitat, en el análisis que Pi i Sunyer hizo del proceso señaló que se había cumplido «con dignidad y corrección» el mandato que tenía la dirección de plantear la cuestión del gobierno en el momento oportuno y que si no se habían conseguido los objetivos no había sido por culpa de Esquerra, que habría actuado como un ejército que avanza y que, como consecuencia de un fallo, había quedado con el flanco descubierto. Palabras que sugieren que había algo más que predisposición, que había decisión de ir a la crisis en el momento oportuno, pero que se cometieron errores tácticos importantes. Izquierda Republicana se quejó de que Esquerra no les hubiere avisado previamente de la dimisión de Aiguader e Irujo y de que no hubiese planteado en el Secretariado de Partidos Republicanos «el problema político»; por otra parte, Esquerra le comunicó que no sólo dimitían por los tres decretos, sino porque «la política del gobierno no se acomodaba, a juicio de ellos, al programa de los Trece Puntos, como convenía al interés de la República democrática»<sup>51</sup>. Luego, en sus memorias, Pi Sunyer explicaría las cosas de modo muy diferente, atribuyendo todo a una maquinación provocadora de Negrín. El desenlace de la crisis no fue el esperado, y lo habitual es presentar a Negrín en su faceta más ciclotímica e imprevisible primero amagando

<sup>49</sup> «Ni ninguno de los aliados de estas capitales».

<sup>50</sup> «Un catalán de Francia, como diríamos que Miaja es un catalán de España», *La Humanitat*, 13 de agosto de 1938.

<sup>51</sup> Archivo Histórico del PCE: Copia microfilmada del Acta de la reunión de Izquierda Republicana.

con abandonar y finalmente resolviendo de manera repentina, con una maniobra que dejó fuera de juego a Esquerra y PNV. Entre los errores tácticos, uno de bulto fue no prever adecuadamente la reacción de Azaña, a quien le tocaba tomar la decisión última según le recordó Izquierda Republicana al propio Negrín. El comentario de Zugazagoitia es esclarecedor: «Fueron muchos los que esperaban un Gobierno constituido por las figuras destacadas del régimen republicano, encargado de orientar la política hacia la consecución de la paz. Quienes trabajaron para ese Gobierno —de ello se acusó, pásese me la palabra, a los republicanos— olvidaron que la causa original de las dimisiones no consentía a Azaña abrir la crisis total sin reforzar, automáticamente, la plataforma nacionalista de la Generalidad de Cataluña, contra lo que el jefe del Estado tenía tantos motivos de disgusto como el presidente del Consejo»<sup>52</sup>. Ahí estaba el otro, y principal, fallo de Esquerra. Quizás, como sostuvo Pi i Sunyer, había escogido el momento oportuno, pero no habían sido oportunos los motivos esgrimidos para la crisis. Había ahí un campo suficiente de entendimiento entre Azaña y Negrín para que el proceso de crisis general quedara abortado. Azaña era el talón de Aquiles de la iniciativa política de Esquerra.

A partir de ese momento, ERC entró en una fase de desconcierto y ensimismamiento. En el Consejo Directivo del 18 de agosto se impuso la tesis de encerrarse en una política de «dignidad catalana», mientras la segunda parte de la reunión se dedicó a descargar toda la frustración de Esquerra contra el PSUC, acordando de manera unánime su incompatibilidad con dicho partido. Tarradellas planteó a la dirección de Esquerra manifestar a Companys esa incompatibilidad, pero no de manera cerrada para dejarle suficiente margen de maniobra. Entre finales de agosto y primeros de septiembre, la cuestión del cambio de gobierno en la Generalitat volvió a estar sobre la mesa, en términos semejantes a los del mes de marzo. De nuevo se intentó que el Comité catalán del Frente Popular fuera el instrumento formal de la propuesta a Lluís Companys, aprovechando la aprobación de un manifiesto con motivo del 11 de septiembre; pero, como en la ocasión anterior, la oposición del PSUC lo impidió<sup>53</sup>. El asunto sólo sirvió, en

---

<sup>52</sup> ZUGAZAGOITIA, J.: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, vol. 2, París, Librería Española, 1968, p. 173.

<sup>53</sup> AMTM: Actas del Comité catalán del Frente Popular del 5-7 de septiembre.

definitiva, para romper la dinámica de aparente acuerdo que el Frente Popular de Cataluña había mantenido hasta entonces. Por otra parte, ERC y ACR no coincidieron en la caracterización y composición que había de tener el nuevo gobierno. En tanto que Esquerra resucitaba la fórmula de diciembre de 1936, proponiendo a Companys un gabinete con tres representantes de Esquerra, dos de CNT, dos del PSUC, uno de ACR y uno de la Unió de Rabassaires, Acció Catalana prefería un gobierno «de base republicana» con presencia limitada al máximo de representantes «obreros y sindicales». Sea como fuere, tampoco ese planteamiento de crisis prosperó y la dinámica del gobierno catalán quedó aún más paralizada que antes del verano, agravada además por el deterioro de la situación financiera de la administración autonómica, que pasó a ser el siguiente caballo de batalla entre Esquerra y el gobierno catalán y el gobierno de la República. Y todo ello ocurría en plena batalla del Ebro, una cuestión a la que la dirección de Esquerra no dedicó ninguna atención particular, al menos por lo que se reflejó en sus actas.

El inicio del contraataque de las tropas de Franco en el Ebro en los últimos días de octubre reactivó las maniobras políticas, todas estériles, sin más resultado que sumar desconcierto. El 10 de noviembre, Negrín sugirió a Togliatti prescindir de los partidos y constituir un Frente Nacional de cariz personalista y militarista para asegurar la cohesión de la política de resistencia. Sin éxito, como sabemos<sup>54</sup>. Esquerra, con el concurso como siempre del PNV, argumentando la expectativa de la próxima reunión entre Chamberlain y Daladier el 23 de noviembre, presionó en la línea contraria, presentando al Secretariado de Partidos Republicanos una vez más una propuesta de cambio del gobierno republicano centrado en la reintegración de ambos partidos, en sustitución del PSUC y ANV; y aunque se manifestaba el apoyo a Negrín y a los Trece Puntos, se reclamaba una modificación de la línea política «que señalase en el gobierno de la República una tendencia plenamente republicana y constitucional»<sup>55</sup>. Izquierda Republicana lo apoyó, pero no Unión Republicana, de modo que el intento quedó de nuevo en papel mojado. En esta ocasión, las declaraciones de Joan Casanovas, en Francia también ante la perspectiva del encuentro entre Chamberlain y Daladier, le hicieron un daño

---

<sup>54</sup> VIÑAS, Á.: *El honor...*, *op. cit.*

<sup>55</sup> AMTM (Poblet): Acta de la reunión del Consejo Directivo del 16 de noviembre.

directo a Esquerra. En ellas Casanovas manifestaba que la guerra le había sido impuesta a Cataluña desde fuera y que, por tanto, había de ser rechazada como un objetivo propio; Casanovas defendía que Cataluña hiciera su propia reconciliación entre derecha e izquierda y se autodeterminara, con apoyo internacional, para ser entre los Pirineos y el Mediterráneo «un factor de equilibrio y orden». La reacción de *La Vanguardia* del 16 de noviembre fue furibunda, amenazando a Casanovas, si regresaba, con el Tribunal de Alta Traición; pero fue más allá: «si hay algunos que no comprendiendo el entronque fatal del destino catalán al destino de la hispanidad sirven al espíritu de capitulación, noble es advertirles que están más cerca del piquete de ejecución que del éxito. Sólo caben dos actitudes: o resistir hasta que poseamos los elementos que reduzcan su acción, o capitular. El gobierno de Unión Nacional es el gobierno ilustre de la resistencia. Si hay quien desee un gobierno de la capitulación, que alce la mano». Esquerra Republicana se dio por aludida. El día 17 por la mañana, Companys se quejó a Azaña de la mención a los piquetes de ejecución<sup>56</sup>, pero Esquerra bajó la mano.

La sensación que dan los debates internos y las propuestas de Esquerra en la fase final de la guerra es la de una resignación a la política de resistencia combinada con la aspiración a participar en la gestión de esa política de resistencia sin acertar a encontrar la vía para conseguirlo. No contribuyó a ello que, de igual manera, insistiera en el seno del gobierno de la Generalitat en su batalla política frente al PSUC, del que el mismo 16 de noviembre rechazó una oferta de pacto para negociar conjuntamente con el gobierno republicano. Por el contrario reincidió —una vez conseguido un mínimo acuerdo financiero con el gobierno republicano— en la presentación de los decretos que, en junio, ya había rechazado discutir el PSUC. Los movimientos republicanos del último mes de 1938 insistieron en ese pulso político, que parece extemporáneo en vísperas de la ofensiva final sobre Cataluña. Al tiempo que ERC descartó emprender una movilización popular para hacer frente a dicha ofensiva, propuesta por el PSUC en el Comité del Frente Popular, Tarradellas se centró en la elaboración de los presupuestos de la Generalitat para 1939 y en hacer de la aprobación de los mencionados decretos la bandera que, según él, habría de poner de manifiesto la política de «rectificación y nor-

---

<sup>56</sup> AZAÑA, M.: *Memorias...*, op. cit., vol. 2, p. 407.

malización» que se precisaba para acompañar a la acción de las armas<sup>57</sup>. La situación que se generó fue esperpéntica: la insistencia de Tarradellas en que el gobierno de la Generalitat aprobara los decretos, chocando con la negativa del PSUC a discutirlos siquiera, conducía a una ruptura final del gobierno de la Generalitat, que Companys evitó por considerarla inoportuna, cuando Tarragona y Reus estaban ya cayendo en poder del ejército de Franco. Hasta el punto que Companys se vio obligado a rendir cuentas ante la dirección de Esquerra, el 14 de enero, añadiendo que de todas maneras se sometería al acuerdo del partido y del Parlamento, incluso en contra de su criterio, pero no admitiendo someterse él al debate, con el pretexto de que tenía que abandonar la reunión para atender otro compromiso. El incidente presupone que Companys había tenido que resistir la presión, que sólo podía venir de Tarradellas, de precipitar en plena progresión de la ocupación militar de Cataluña la crisis del gobierno —¿con qué sentido?—, pero su negativa resultó insuperable. Nadie, ni Tarradellas, estaba en condiciones de contrariar abiertamente a Companys. La reunión acabó en un mar de lamentos; Pi i Sunyer la recordará como una reunión patética en la que no se llegó a nada. Era el final, ya sólo quedaba pensar en la evacuación y en el exilio.

---

<sup>57</sup> Acta del pleno del Consejo directivo del 30 de diciembre de 1938.